

de las deudas; y así, todo lo mas que se trataba, era pleitos y debates, que unos con otros tenían. El asien-to deste Potosí es sano, especialmente para indios, porque pocos ó ningunos adolecian en él. La plata lle-van por el camino real del Cuzco á dar á la ciudad de Arequipa, cerca de donde está el puerto de Quilca. Y toda la mayor parte della llevan carneros y ovejas; que, á faltar estos, con gran dificultad se pudiera contratar ni andar en este reino, por la mucha distancia que hay de una ciudad á otra, y por la falta de bestias.

CAPITULO CXI.

De los carneros, ovejas, guanacos y vicuñas que hay en toda la mayor parte de la serranía del Perú.

Paréceme que de ninguna parte del mundo se ha oído ni entendido que se hubiesen hallado la manera de ovejas como son las destas Indias, especialmente en este reino, en la gobernación de Chile y en algunas de las provincias del río de la Plata, puesto que podrá ser que se hallen y vean en partidas que nos están ignotas y escondidas. Estas ovejas digo que es uno de los excelentes animales que Dios crió, y mas provechoso, el cual parece que la Majestad divina tuvo cuidado de criar este ganado en estas partes para que las gentes pudiesen vivir y sustentarse. Porque por via ninguna estos indios, digo los serranos del Perú, pudieran pasar la vida si no tuvieran deste ganado, ó de otro que les diera el provecho que dél sacan; el cual es de la manera que en este capítulo diré.

En los valles de los llanos, y en otras partes calientes, siembran los naturales algodón, y hacen sus ropas dél, con que no sienten falta ninguna; porque la ropa de algodón es conveniente para esta tierra.

En la serranía, en muchas partes, como es en la provincia de Collao, los Soras y Charcas de la villa de Plata, y en otros valles, no se cria árbol, ni el algodón aunque se sembrara daría fruto. Y poder los naturales, si no lo tuvieran de suyo, por via de contratación haber ropa todos, fuera cosa imposible. Por lo cual el dador de los bienes, que es Dios, nuestro sumo bien, crió en estas partes tanta cantidad del ganado que nosotros llamamos ovejas, que si los españoles con las guerras no dieran tanta priesa á lo apocar, no habia cuento ni suma lo mucho que por todas partes habia. Mas, como tengo dicho, en indios y ganado vino gran pestilencia con las guerras que los españoles unos con otros tuvieron. Llamaban los naturales á las ovejas llamas y á los carneros urcos. Unos son blancos, otros negros, otros pardos. Su talle es, que hay algunos carneros y ovejas tan grandes como pequeños asnillos, crecidos de piernas y anchos de barriga; tira su pescuezo y talle á camello, las cabezas son largas, parecen á las de las ovejas de España. La carne deste ganado es muy buena si está gordo, y los corderos son mejores y de mas sabor que los de España. Es ganado muy doméstico y que no da ruido. Los carneros llevan á dos y á tres arrobas de peso muy bien, y en cansando no se pierden, pues la carne es tan buena. Verdaderamente en la tierra del Collao es gran placer ver salir los indios con sus arados en estos carneros, y á la tarde verlos volver á sus casas cargados de leña. Comen de la yerba del campo.

Cuando se quejan, echándose como los camellos, gimen. Otro linaje hay deste ganado, á quien llaman guanacos, desta forma y talle; los cuales son muy grandes, y andan hechos montetes por los campos manadas grandes dellos, y á saltos van corriendo con tanta ligereza, que el perro que los ha de alcanzar ha de ser demasiado ligero. Sin estos, hay asimesmo otra suerte destas ovejas ó llamas, á quien llaman vicuñas; estas son mas ligeras que los guanacos, aunque mas pequeños; andan por los despo-blados, comiendo de la yerba que en ellos cria Dios. La lana destas vicuñas es excelente, y toda tan buena, que es mas fina que la de las ovejas merinas de España. No sé yo si se podrian hacer paños della; sé que es cosa de ver la ropa que se hacia para los señores desta tierra. La carne destas vicuñas y guanacos tira el sabor della á carne de monte, mas es buena. Y en la ciudad de la Paz comí yo en la posada del capitán Alonso de Mendoza cecina de uno destes guanacos gordos, y me pareció la mejor que habia visto en mi vida. Otro género hay de ganado doméstico, á quien llaman pacos, aunque es muy feo y lanudo; es del talle de las llamas ó ovejas, salvo que es mas pequeño; los corderos cuando son tiernos mucho se parecen á los de España. Pare en el año una vez una destas ovejas, y no mas.

CAPITULO CXII.

Del árbol llamado molle, y de otras yerbas y raíces que hay en este reino del Perú.

Cuando escribí lo tocante á la ciudad de Guayaquile traté de la zarzaparrilla, yerba tan provechosa, como saben los que han andado por aquellas partes. En este lugar me pareció tratar de los árboles llamados molles, por el provecho grande que en ellos hay. Y digo que en los llanos y valles del Perú hay muy grandes arboledas, y lo mismo en las espesuras de los Andes, con árboles de diferentes naturas y maneras; de los cuales pocos ó ningunos hay que parecen á los de España. Algunos dellos, que son los aguacates, guayabos, caimitos, guabos, llevan fruta de la suerte y manera que en algunos lugares desta escriptura he declarado; los demás son todos llenos de abrojos ó espinas ó montes claros, y algunas cebras de gran grandor, en las cuales, y en otros árboles que tienen huecos y concavidades, crian las abejas miel singular con grande orden y concierto. En toda la mayor parte de lo poblado desta tierra se ven unos árboles grandes y pequeños, á quien llaman molles; estos tienen la hoja muy menuda, y en el olor conforme á hinojo, y la corteza ó cáscara deste árbol es tan provechosa, que si está un hombre con grave dolor de piernas, y las tiene hinchadas, con solamente cocerlas en agua y lavarse algunas veces, queda sin dolor ni hinchazon. Para limpiar los dientes son los ramicos pequeños provechosos; de una fruta muy menuda que cria este árbol hacen vino ó brebaje muy bueno, y vinagre, y miel harto buena, con no mas de deshacer la cantidad que quieren desta fruta con agua en alguna vasija, y puesta al fuego, después de ser gastada la parte perteneciente, queda convertida en vino ó en vinagre ó en miel, segun es el cocimiento. Los indios tienen en mucho estos árboles. Y en estas partes hay yerbas de gran virtud, de las cua-

les diré de algunas que yo vi; y así, digo que en la provincia de Quimbaya, donde está situada la ciudad de Cartago, se crian unos bejucos ó raíces por entre los árboles que hay en aquella provincia, tan provechosos para purgar, que con solamente tomar poco mas de una braza dellos, que serán del gordor de un dedo, y echarlos en una vasija de agua que tenga poco menos de un azumbre, embebe en una noche que está en el agua la mayor parte della; de la otra bebiendo cantidad de medio cuartillo de agua, estan cordial y provechosa para purgar, que el enfermo queda tan limpio como si hubiera purgado con ruibarbo. Yo me purgué una ó dos veces en la ciudad de Cartago con este bejuco ó raíz, y me fué bien, y todos lo teniamos por medicinal. Otras habas hay para este efeto, que algunos las alaban y otros dicen que son dañosas. En los aposentos de Bilcas me adoleció á mí una esclava por ir enferma de ciertas llagas que llevaba en la parte inferior; por un carnero que di á unos indios, vi que trajeron unas yerbas que echaban una flor amarilla, y las tostaron á la candela para hacerlas polvo, y con dos ó tres veces que la untaron quedó sana.

En la provincia de Andaguailas vi otra yerba tan buena para la boca y dentadura, que limpiándose con ella una hora ó dos, dejaba los dientes sin olor, y blancos como nieve. Otras muchas yerbas hay en estas partes, provechosas para la salud de los hombres; y algunas tan dañosas, que mueren con su ponzoña.

CAPITULO CXIII.

De cómo en este reino hay grandes salinas y baños, y la tierra es aparejada para criarse olivos y otras frutas de España; y de algunos animales y aves que en él hay.

Pues concluí en lo tocante á las fundaciones de las nuevas ciudades que hay en el Perú, bien será dar noticia de algunas particularidades y cosas notables antes de dar fin á esta primera parte. Y agora diré de las grandes salinas naturales que vemos en este reino, pues para la sustentacion de los hombres es cosa muy importante. En toda la gobernación de Popayan conté cómo no habia salinas ningunas, y que Dios nuestro Señor proveyó de manantiales salobres del agua, de los cuales las gentes hacen sal, con que pasan sus vidas. Acá en el Perú hay tan grandes y hermosas salinas, que dellas se podrian proveer de sal todos los reinos de España, Italia, Francia y otras mayores partes. Cerca de Tumbes y de Puerto-Viejo, dentro en el agua, junto á la costa de la mar, sacan grandes piedras de sal, que llevan en naos á la ciudad de Cali y á la Tierra-Firme, y á otras partes donde quieren. En los llanos y arenales deste reino, no muy lejos del valle que llaman de Guaura, hay unas salinas muy buenas y muy grandes, la sal albisima, y grandes montones della, la cual toda está perdida, que muy pocos indios se aprovechan della. En la serranía cerca de la provincia de Guailas hay otras salinas mayores que estas. Media legua de la ciudad del Cuzco están otras pozas, en las cuales los indios hacen tanta sal, que basta para el proveimiento de muchos dellos. En las provincias de Condesuyo y en algunas de Andesuyo hay, sin las salinas ya dichas, algunas bien grandes y de sal muy excelente. Por ma-

nera que podré afirmar que cuanto á sal es bien proveído este reino del Perú.

Hay asimesmo en muchas partes grandes baños, y muchas fuentes de agua caliente, donde los naturales se bañaban y bañan. Muchas dellas he yo visto por las partes que anduve dél; y en algunos lugares deste reino, como los llanos y valles de los rios y la tierra templada de la serranía, son muy fértiles, pues los trigos se crian tan hermosos y dan fruto en gran cantidad; lo mismo hace el maíz y cebada. Pues viñas no hay pocas en los términos de San Miguel, Trujillo y los Reyes y en las ciudades del Cuzco y Guamanga, y en otras de la serranía comienza ya á las haber, y se tiene grande esperanza de hacer buenos vinos. Naranjales, granados y otras frutas, todas las hay, de las que han traído de España como las de la tierra. Legumbres de todo género se hallan; y en fin, gran reino es el del Perú, y el tiempo andando será mas, porque se habrán hecho grandes poblaciones adonde hubiere aparejo para se hacer; y pasada esta nuestra edad, se podrán sacar del Perú para otras partes trigo, vinos, carnes, lanas y aun sedas. Porque para plantar moreras hay el mejor aparejo del mundo; sola una cosa vemos que no se ha traído á estas Indias, que es olivos, que, después del pan y vino, es lo mas principal. Paréceme á mí que se traen engertos dellos para poner en estos llanos y en las vegas de los rios de las tierras, que se harán tan grandes montañas dellos como en el ajarafe de Sevilla y otros grandes olivares que hay en España. Porque si quiere tierra templada, la tiene; si con mucha agua, lo mismo, y sin ninguna y con poca. Jamás truena ni se ve relámpago ni caen nieves ni hielos en estos llanos, que es lo que daña el fruto de los olivos. En fin, como vengan los engertos, tambien vendrá tiempo en lo futuro que provea el Perú de aceite como de lo demás. En este reino no se han hallado encinales; y en la provincia de Collao y en la comarca del Cuzco, y en otras partes dél, si se sembrasen, me parece lo mismo que de los olivares, que habrá no pocas dehesas. Por tanto, mi parecer es que los conquistadores y pobladores destas partes no se les vaya el tiempo en contar de batallas y alcances; entiendan en plantar y sembrar, que es lo que aprovechará mas. Quiero decir aquí una cosa que hay en esta serranía del Perú, yes, unas raposas no muy grandes, las cuales tienen tal propiedad, que echan de sí tan pestífero y hediondo olor, que no se puede compadecer; y si por caso alguna destas raposas orina en alguna lanza ó cosa otra, aunque mucho se lave, por muchos dias tiene el mal olor ya dicho. En ninguna parte dél se han visto lobos ni otros animales dañosos, salvo los grandes tigres que conté que hay en la montaña del puerto de la Buenaventura, comarcana á la ciudad de Cali, los cuales han muerto algunos españoles y muchos indios. Avestruces adelante de los Charcas se han hallado, y los indios los tenían en mucho. Hay otro género de animal, que llaman viscacha, del tamaño de una liebre y de la forma, salvo que tienen la cola larga como raposas; crian en pedregales y entre rocas, y muchas matan con ballestas y areabuces, y los indios con lazos; son buenas para comer como están manidas; y aun de los pelos ó lana destas viscachas hacen los in-

dios mantas grandes, tan blandas como si fuesen de seda, y son muy preciadas. Hay muchos halcones, que en España serian estimados; perdices, en muchos lugares he dicho haber dos maneras dellas, unas pequeñas y otras como gallinas; hurones hay los mejores del mundo. En los llanos y en la sierra hay unas aves muy hediondas, á quien llaman auras; mantiénense de comer cosas muertas y otras bascosidades. Del linaje destas hay unos condores grandísimos, que casi parecen grifos; algunos acometen á los corderos y guanacos pequeños de los campos.

CAPITULO CXIV.

De cómo los indios naturales deste reino fueron grandes maestros de plateros y de hacer edificios, y de cómo para las ropas finas tuvieron colores muy perfetas y buenas.

Por las relaciones que los indios nos dan se entiende que antiguamente no tuvieron el orden en las cosas ni la pulicia que después que los ingas los señorearon y agora tienen; porque cierto entre ellos se han visto y ven cosas tan primamente hechas por su mano, que todos los que dellas tienen noticia se admiran; y lo que mas se nota es que tienen pocas herramientas y aparejos para hacer lo que hacen, y con mucha facilidad lo dan hecho con gran primor. En tiempo que se ganó este reino por los españoles, se vieron piezas hechas de oro y barró y plata, soldado lo uno y lo otro de tal manera, que parecia que habia nascido así. Viéronse cosas mas extrañas de argentería, de figuras y otras cosas mayores, que no cuento por no haberlo visto; baste que afirmo haber visto que con dos pedazos de cobre y otras dos ó tres piedras vi hacer vajillas, y tan bien labradas, y llenos los bernegales, fuentes y candeleros de follajes y labores, que tuvieran bien que hacer otros oficiales en hacerlo tal y tan bueno con todos los aderezos y herramientas que tienen; y cuando labran no hacen mas de un hornillo de barro, donde ponen el carbon, y con unos cañutos soplan en lugar de fuelles. Sin las cosas de plata, muchos hacen estampas, cordones y otras cosas de oro; y muchachos, que quien los ve juzgara que aun no saben hablar, entienden en hacer destas cosas. Poco es lo que agora labran, en comparacion de las grandes y ricas piezas que hacian en tiempo de los ingas; pues la chaquira tan menuda y pareja la hacen, por lo cual parece haber grandes plateros en este reino, y hay muchos de los que estaban puestos por los reyes ingas en las partes mas principales dél. Pues de armar cimientos, fuertes edificios, ellos lo hacen muy bien; y así, ellos mismos labran sus moradas y casas de los españoles, y hacen el ladrillo y teja y asientan las piedras bien grandes y crecidas, unas encima de otras, con tanto primor, que casi no se parece la juntura; tambien hacen bultos y otras cosas mayores, y en muchas partes se han visto que los han hecho y hacen sin tener otras herramientas mas que piedras y sus grandes ingenios. Para sacar grandes acequias no creo yo que en el mundo ha habido gente ni nacion que por partes tan ásperas ni dificultosas las sacasen y llevasen, como largamente declaré en los capitulos dichos. Para tejer sus mantas tienen sus telares pequeños; y antiguamente en tiempo que los reyes ingas mandaron este reino, tenían en las

cabezas de las provincias cantidad de mujeres, que llamaban mamaconas, que estaban dedicadas al servicio de sus dioses en los templos del sol, que ellos tenían por sagrados; las cuales no entendian sino en tejer ropa finísima para los señores ingas, de lana de las vicunias; y cierto fué tan prima esta ropa, como habrán visto en España por alguna que allá fué luego que se ganó este reino. Los vestidos destes ingas eran camisetas desta ropa, unas pobladas de argentería de oro, otras de esmeraldas y piedras preciosas, y algunas de plumas de aves, otras de solamente la manta. Para hacer estas ropas tuvieron y tienen tan perfetas colores de carmesí, azul, amarillo, negro y de otras suertes, que verdaderamente tienen ventaja á las de España.

En la gobernacion de Popayan hay una tierra con la cual, y con unas hojas de un árbol, queda teñido lo que quieren de un color negro perfeto. Recitar las particularidades con que y cómo se hacen estas colores téngolo por menudencia, y parésceme que basta contar solamente lo principal.

CAPITULO CXV.

Cómo en la mayor parte deste reino hay grandes mineros de metales.

Desde el estrecho de Magallanes comienza la cordillera ó longura de sierras que llamamos Andes, y atraviesa muchas tierras y grandes provincias, como escribí en la descripcion desta tierra, y sabemos que á la parte de la mar del Sur (que es al poniente) se halla en los mas rios y collados gran riqueza; y las tierras y provincias que caen á la parte de levante se tienen por pobres de metales, segun dicen los que pasaron al rio de la Plata conquistando, y salieron algunos dellos al Perú por la parte de Potosí; los cuales cuentan que la fama de riqueza los trajo á unas provincias tan fértiles de bastimento como pobladas de gente, que están á las espaldas de los Charcas, pocas jornadas adelante. Y la noticia que tenían no era otra sino el Perú, ni la plata que vieron, que fué poca, salió de otra parte que de los términos de la villa de Plata, y por vía de contratacion la habian los de aquellas partes. Los que fueron á descubrir con los capitanes Diego de Rójas, Filipe Gutierrez, Nicolás de Heredia, tampoco hallaron riqueza. Después de entrados en la tierra que está pasada la cordillera de los Andes, el adelantado Francisco de Orillana yendo por el Marañon en el barco, al tiempo que andando en el descubrimiento de la canela, lo envió el capitán Gonzalo Pizarro, aunque muchas veces daba con los españoles en grandes pueblos, poco oro ni plata, ó ninguno, vieron. En fin no hay para qué tratar sobre esto, pues sino fué en la provincia de Bogotá, en ninguna otra de la otra parte de la cordillera de los Andes se ha visto riqueza ninguna; lo cual todo es al contrario por la parte del sur, pues se han hallado las mayores riquezas y tesoros que se han visto en el mundo en muchas edades; y si el oro que habia en las provincias que están comarcanas al rio grande de Santa Marta, desde la ciudad de Popayan hasta la villa de Mopox, estuviera en un poder y de un solo señor, como fué en las provincias del Perú, hubiera mayor grandeza que en el Cuzco. En fin, por las faldas desta cordillera se han hallado grandes

mineros de plata y oro, así por la parte de Antiocha como de la de Cartago, que es en la gobernacion de Popayan, y en todo el reino del Perú; y si hubiese quien lo sacase, hay oro y plata que sacar para siempre jamás; porque en las sierras y en los llanos y en los rios, y por todas partes que cavén y busquen, hallarán plata y oro. Sin esto, hay gran cantidad de cobre y mayor de hierro por los secadales y cabezadas de las sierras que abajan á los llanos. En fin, se halla plomo, y de todos los metales que Dios crió es bien proveido este reino; y á mí parésceme que mientras hubiere hombres, no dejará de haberse gran riqueza en él; y tanta ha sido la que dél se ha sacado, que ha encarecido á España de tal manera, cual nunca los hombres lo pensaron.

CAPITULO CXVI.

Cómo muchas naciones destes indios se daban guerra unos á otros, y cuán oprimos tienen los señores y principales á los indios pobres.

Verdaderamente yo tengo que há muchos tiempos y años que hay gentes en estas Indias, segun lo demuestran sus antigüedades, y tierras tan anchas y grandes como han poblado; y aunque todos ellos son morenos lampiños y se parecen en tantas cosas unos á otros, hay tanta multitud de lenguas entre ellos, que casi á cada legua y en cada parte hay nuevas lenguas. Pues como hayan pasado tantas edades por estas gentes, y hayan vivido sueltamente, unos á otros se dieron grandes guerras y batallas, quedándose con las provincias que ganaban. Y así, en los términos de la villa de Arma, de la gobernacion de Popayan, está una gran provincia, á quien llaman Carrapa, entre la cual y la de Quimbaya (que es donde se fundó la ciudad de Cartago) habia cantidad de gente; los cuales, llevando por capitán ó señor á uno dellos, el mas principal, llamado Irrua, se entraron en Carrapa, y á pesar de los naturales, se hicieron señores de lo mejor de su provincia. Y esto sé porque cuando descubrimos enteramente aquellas comarcas, vimos las rocas y pueblos quemados que habian dejado los naturales de la provincia de Quimbaya. Todos fueron lanzados della antiguamente por los que se hicieron señores de sus campos, segun es público entre ellos. En muchas partes de las provincias desta gobernacion de Popayan fué lo mismo. En el Perú no hablan otra cosa los indios, sino decir que los unos vinieron de una parte y los otros de otra, y con guerras y contiendas los unos se hacian señores de las tierras de los otros, y bien parece ser verdad, y la gran antigüedad desta gente por las señales de los campos que labraban, ser tantos, y porque en algunas partes que se ve que hubo sementeras y fué poblado, hay árboles nascidos tan grandes como bueyes. Los ingas claramente se conoce que se hicieron señores deste reino por fuerza y por maña, pues cuentan que Mangocapa, el que fundó el Cuzco, tuvo poco principio, y duraron en el señorío hasta que, habiendo division entre Guascar, único heredero, y Atabaliba sobre la gobernacion del imperio, entraron los españoles y pudieron fácilmente ganar el reino y á ellos apartarlos de sus porfias; por lo cual parece que tambien se usó de guerras y tiranías entre estos indios, como en las demás partes del mundo, pues leemos que ti-

ranos se hicieron señores de grandes reinos y señoríos. Yo entendí en el tiempo que estuve en aquellas partes que es grande la opresion que los mayores tienen á los menores, y con el rigor que algunos de los caciques mandan á los indios; porque si el encomendero les pide alguna cosa, ó que por fuerza hayan de hacer algun servicio personal ó con hacienda, luego estos tales mandan á sus mandones que lo provean, los cuales andan por las casas de los mas pobres, mandando que lo cumplan; y si dan alguna excusa, aunque sea justa, no solamente no los oyen, mas maltrátanlos, tomándoles por fuerza lo que quieren. En los indios del Rey y en otros pueblos del Collao oí yo lamentar á los pobres indios esta opresion, y en el valle de Jauja y en otras muchas partes, los cuales, aunque reciben algun agravo, no saben quejarse. Y si son necesarias ovejas ó carneros, no se va por ellos á las manadas de los señores, sino á las dos ó tres que tienen los tristes indios; y algunos son tan molestados, que se ausentan por miedo de tantos trabajos como les mandan hacer. Y en los llanos y valles de los yungas son mas trabajados por los señores que en la serranía. Verdad es que, como ya en las mas provincias deste reino estén religiosos dotrinándolos, y algunos entiendan la lengua, oyen estas quejas y remedian muchas dellas. Todo va cada dia en mas orden, y hay tanto temor entre cristianos y caciques, que no osan poner las manos en un indio, por la gran justicia que hay, con haberse puesto en aquestas partes las audiencias y chancillerías reales; cosa de grande remedio para el gobierno dellas.

CAPITULO CXVII.

En que se declaran algunas cosas que en esta historia se han tratado cerca de los indios, y de lo que acaeció á un clérigo con uno dellos en un pueblo deste reino.

Porque algunas personas dicen de los indios grandes males, comparándolos con las bestias, diciendo que sus costumbres y manera de vivir son mas de brutos que de hombres, y que son tan malos, que, no solamente usan el pecado nefando, mas que se comen unos á otros; y puesto que en esta mi historia yo haya escrito algo desto y de algunas otras fealdades y abusos dellos, quiero que se sepa que no es mi intencion decir que esto se entienda por todos; antes es de saber que, si en una provincia comen carne humana y sacrifican sangre de hombres, en otras muchas aborrecen este pecado. Y si por el consiguiente, en otra el pecado de contra natura, en muchas lo tienen por gran fealdad y no lo acostumbran, antes lo aborrecen; y así son las costumbres dellos; por manera que será cosa injusta condenarlos en general. Y aun destes males que estos hacian, parece que los descarga la falta que tenían de la lumbre de nuestra santa fe, por lo cual ignoraban el mal que cometian, como otras muchas naciones, mayormente los pasados gentiles, que tambien como estos indios estuvieron faltos de lumbre de fe, sacrificaban tanto y mas que ellos. Y aun si miramos, muchos hay que han profesado nuestra ley y recibido agua del santo bautismo; los cuales, engañados por el demonio, cometen cada dia graves pecados; de manera que si estos indios usaban de las costumbres que he escrito, fué porque no tuvieron quien los encaminase en el camino de la verdad en los tiempos pasa-

dos. Agora los que oyen la doctrina del santo Evangelio conocen las tinieblas de la perdicion que tienen los que della se apartan, y el demonio, como le crece mas la envidia de ver el fruto que sale de nuestra santa fe, procura de engañar con temores y espantos á estas gentes; pero poca parte es, y cada dia será menos, mirando lo que Dios nuestro Señor obra en todo tiempo, en ensalzamiento de su santa fe. Y entre otras notables, diré una que pasó en esta provincia, en un pueblo llamado Lampaz, segun se contiene en la relacion que me dió en el pueblo de Asangaro, repartimiento de Antonio de Quiñones, vecino del Cuzco, un clérigo, contándome lo que le pasó en la conversion de un indio; al cual yo rogué me la diese por escrito de su letra, que sin tirar ni poner cosa alguna es la siguiente: «Márco Otazo, clérigo, vecino de Valladolid, estando en el pueblo de Lampaz dotrinando los indios á nuestra santa fe cristiana, año de 1547, en el mes de mayo, siendo la luna llena, vinieron á mí todos los caciques y principales á me rogar muy ahincadamente les diese licencia para que hiciesen lo que ellos en aquel tiempo acostumbraban hacer; yo les respondí que habia de estar presente, porque si fuese cosa no lícita en nuestra santa fe católica, de allí adelante no lo hiciesen; ellos lo tuvieron por bien; y así, fueron todos á sus casas; y siendo, á mi ver, el mediodía en punto, comenzaron á tocar en diversas partes muchos atabales con un solo palo, que así los tocan entre ellos, y luego fueron en la plaza en diversas partes della, echadas por el suelo mantas, á manera de tapices, para se asentar los caciques y principales, muy aderezados y vestidos de sus mejores ropas, los cabellos hechos trenzas hasta abajo, como tienen por costumbre, de cada lado una crizneja de cuatro ramales, tejida. Sentados en sus lugares, vi que salieron derecho por cada cacique un muchacho de edad de hasta de doce años, el mas hermoso y dispuesto de todos, muy ricamente vestido á su modo, de las rodillas abajo las piernas á manera de salvaje, cubiertas de borlas coloradas; asimismo los brazos, y en el cuerpo muchas medallas y estampas de oro y plata; traía en la mano derecha una manera de arma como alabarda, y en la izquierda una bolsa de lana, grande, en que ellos echan la coca; y al lado izquierdo venia una muchacha de hasta diez años, muy hermosa, vestida de su mismo traje, salvo que por detrás traía gran falda, que no acostumbraban traer los otras mujeres, la cual falda le traía una india mayor, hermosa, de mucha autoridad. Tras esta venian otras muchas indias á manera de dueñas, con mucha mesura y crianza; y aquella niña llevaba en la mano derecha una bolsa de lana, muy rica, llena de muchas estampas de oro y plata; de las espaldas le colgaba un cuero de leon pequeño, que las cubria todas. Tras estas dueñas venian seis indios á manera de labradores, cada uno con su arado en el hombro, y en las cabezas sus diademas y plumas muy hermosas, de muchos colores. Luego venian otros seis como sus mozos, con unos costales de papas, tocando su atambor, y por su orden llegaron hasta un paso del señor. El muchacho y niña ya dichos, y todos los demás, como iban en su orden, le hicieron una muy gran reverencia, bajando sus cabezas, y el Cacique y los demás la recibieron inclinando las suyas. Hecho esto cada cual á su ca-

cique, que eran dos parcialidades, por la misma orden que iban el niño y los demás se volvieron hácia tras, sin quitar el rostro dellos, cuanto veinte pasos, por la orden que tengo dicho; y allí los labradores hincaron sus arados en el suelo en renglera, y dellos colgaron aquellos costales de papas, muy escogidas y grandes; lo cual hecho, tocando sus atabales, todos en pié, sin se mudar de un lugar, hacian una manera de baile, alzándose sobre las puntas de los piés, y de rato en rato alzaban hácia arriba aquellas bolsas que en las manos tenían. Solamente hacian estos esto que tengo dicho, que eran los que iban con aquel muchacho y muchacha, con todas sus dueñas, porque todos los caciques y la demás gente estaban por su orden sentados en el suelo con muy gran silencio, escuchando y mirando lo que hacian. Esto hecho, se sentaron y trajeron un cordero de hasta un año, sin ninguna mancha, todo de una color, otros indios que habian ido por él, y adelante del señor principal, cercado de muchos indios al rededor porque yo no lo viese, tendido en el suelo vivo, le sacaron por un lado toda el asadura, y esta fué dada á sus agoreros, que ellos llamaban guacacamayos, como sacerdotes entre nosotros. Y vi que ciertos indios dellos llevaban aprieta cuanto mas podian de la sangre del cordero en las manos y la echaban entre las papas que tenían en los costales. Y en este instante salió un principal que habia pocos dias que se habia vuelto cristiano, como diré abajo, dando voces y llamándolos de perros y otras cosas en su lengua, que no entendí; y se fué al pié de una cruz alta que estaba en medio de la plaza, desde donde á mayores voces, sin ningun temor, osadamente reprehendia aquel rito diabólico. De manera que con sus dichos y mis amonestaciones se fueron muy temerosos y corridos, sin haber dado fin á su sacrificio, donde pronostican sus sementeras y sucesos de todo el año. Y otros que se llaman homo, á los cuales preguntan muchas cosas por venir, porque hablan con el demonio y traen consigo su figura, hecho de un hueso hueco, y encima un bulto de cera negra, que acá hay. Estando yo en este pueblo de Lampaz, un juéves de la Cena vino á mí un muchacho mio que en la iglesia dormia, muy espantado, rogando me levantara y fuese á bautizar á un cacique que en la iglesia estaba hincado de rodillas delante de las imágenes, muy temeroso y espantado; el cual estando la noche pasada, que fué miércoles de Tinieblas, metido en una guaca, que es donde ellos adoran, decia haber visto un hombre vestido de blanco, el cual le dijo que ¿qué hacia allí con aquella estatua de piedra? Que se fuese luego, y viniese para mí á se volver cristiano. Y cuando fué de dia yo me levanté y recé mis horas, y no creyendo que era así, me llegué á la iglesia para decir misa, y lo hallé de la misma manera, hincado de rodillas. Y como me vió se echó á mis piés, rogándome mucho le volviese cristiano, á lo cual le respondí que si haria, y dije misa, la cual oyeron algunos cristianos que allí estaban; y dicha, lo bapicé, y salió con mucha alegría, dando voces, diciendo que él ya era cristiano, y no malo, como los indios; y sin decir nada á persona ninguna, fué á donde tenia su casa y la quemó, y sus mujeres y ganados repartió por sus hermanos y parientes, y se vino á la iglesia, donde estuvo siempre predicando á los indios

lo que les convenia para su salvacion, amonestándoles se apartasen de sus pecados y vicios; lo cual hacia con gran hervor, como aquel que estaba alumbrado por el Espíritu Santo, y á la continua estaba en la iglesia ó junto á una cruz. Muchos indios se volvieron cristianos por las persuasiones deste nuevo convertido. Contaba que el hombre que vió estando en la guaca ó templo del diablo era blanco y muy hermoso, y que sus ropas asimismo eran resplandecientes.»

Esto me dió el clérigo por escrito y yo veo cada dia grandes señales, por las cuales Dios se sirve en estos tiempos mas que en los pasados. Y los indios se convierten y van poco á poco olvidando sus ritos y malas costumbres, y si se han tardado, ha sido por nuestro descuido mas que por la malicia dellos; porque el verdadero convertir los indios ha de ser amonestando y obrando bien, para que los nuevamente convertidos tomen ejemplo.

CAPITULO CXVIII.

De cómo, queriéndose volver cristiano un cacique comarcano de la villa de Ancerna, veía visiblemente á los demonios, que con espantos le querian quitar de su buen propósito.

En el capítulo pasado escribí la manera cómo se volvió cristiano un indio en el pueblo de Lampaz; aquí diré otro extraño caso, para que los fieles glorifiquen el nombre de Dios, que tantas mercedes nos hace, y los malos y incrédulos teman y reconozcan las obras del Señor. Y es, que siendo gobernador de la provincia de Popayan el adelantado Belalcázar en la villa de Ancerna, donde era su teniente un Gomez Hernandez, sucedió que casi cuatro leguas desta villa está un pueblo llamado Pirsá, y el señor natural dél, teniendo un hermano mancebo de buen parecer que se llama Tamaracunga, y inspirando Dios en él, deseaba volverse cristiano y queria venir al pueblo de los cristianos á recibir bautismo. Y los demonios, que no les debia agradar el tal deseo, pesándoles de perder lo que tenían por tan ganado, espantaban á aqueste Tamaracunga de tal manera, que lo asombraban, y permitiéndolo Dios, los demonios, en figura de unas aves hediondas llamadas auras, se ponian donde el Cacique solo las podia ver; el cual, como se sintió tan perseguido del demonio, envió á toda priesa á llamar á un cristiano que estaba cerca de allí; el cual fué luego donde estaba el Cacique, y sabida su intencion, lo signó con la señal de la cruz, y los demonios lo espantaban mas que primero, viéndolos solamente el indio en figuras horribles. El cristiano via que caian piedras por el aire y silbaban; y viniendo del pueblo de los cristianos un hermano de un Juan Pacheco, vecino de la misma villa, que á la sazón estaba en ella en lugar del Gomez Hernandez, que habia salido á lo que dicen de Caramanta, se juntó con el otro, y vian que el Tamaracunga estaba muy desmayado y maltratado de los demonios; tanto, que en presencia de los cristianos lo traían por el aire de una parte á otra, y él quejándose, y los demonios silbaban y daban alaridos. Y algunas veces estando el Cacique sentado y teniendo delante un vaso para beber, vian los dos cristianos cómo se alzaba el vaso con el vino en el aire y dende á un poco parecia sin el vino, y á cabo de un rato vian caer

el vino en el vaso, y el Cacique atapábase con mantas el rostro y todo el cuerpo por no ver las malas visiones que tenia delante; y estando así, sin se tirar ropa ni desatapar la cara, le ponian barro en la boca, como que lo querian ahogar. En fin, los dos cristianos, que nunca dejaban de rezar, acordaron de se volver á la villa y llevar al Cacique para que luego se bautizase, y vinieron con ellos y con el Cacique pasados de docientos indios; mas estaban tan temerosos de los demonios, que no osaban llegar al Cacique; y yendo con los cristianos, llegaron á unos malos pasos, donde los demonios tomaron al indio en el aire para despeñarlo, y él daba voces diciendo: «Valéme, cristianos, valéme;» los cuales luego fueron á él y le tomaron en medio, y los indios ninguno osaba hablar, cuanto mas ayudar á este, que tanto por los demonios fué perseguido para provecho de su ánima y mayor confusion y envidia deste cruel enemigo nuestro; y como los dos cristianos viesen que no era Dios servido de que los demonios dejasen á aquel indio, y que por los riscos lo querian despeñar, tomaronlo en medio, y atando unas cuerdas á los cintos, rezando y pidiendo á Dios los oyese, caminaron con el indio en medio, de la manera ya dicha, llevando tres cruces en las manos, pero todavía los derribaron algunas veces, y con trabajo grande llegaron á una subida, donde se vieron en mayor aprieto. Y como estuviesen cerca de la villa, enviaron á Juan Pacheco un indio para que viniese á los socorrer, el cual fué luego allá, y como se juntó con ellos, los demonios arrojaban piedras por los aires, y desta suerte llegaron á la villa, y se fueron derechos con el Cacique á las casas deste Juan Pacheco, adonde se juntaron todos los mas de los cristianos que estaban en el pueblo, y todos vian caer piedras pequeñas de lo alto de la casa y oian silbos. Y como los indios cuando van á la guerra dicen: «Hu, hu, hu;» así oian que lo decian los demonios muy aprieta y recio. Todos comenzaron á suplicar á nuestro Señor que, para gloria suya y salud del ánima de aquel infiel, no permitiese que los demonios tuviesen poder de lo matar; porque ellos por lo que andaban, segun las palabras que el Cacique les oia, era porque no se volviese cristiano. Y como tirasen muchas piedras, salieron para ir á la iglesia; en la cual, por ser de paja, no habia Sacramento, y algunos cristianos dicen que oyeron pasos por la misma iglesia antes que se abriese, y como la abrieron y entraron dentro, el indio Tamaracunga dicen que decia que via los demonios con fieras cataduras, las cabezas abajo y los piés arriba. Y entrado un fraile llamado fray Juan de Santa María, de la orden de nuestra Señora de la Merced, á le bautizar, los demonios en su presencia y de todos los cristianos, sin los ver mas que solo el indio, lo tomaron y lo tuvieron en el aire, poniéndolo como ellos estaban, la cabeza abajo y los piés arriba. Y los cristianos diciendo á grandes voces: «Jesucristo, Jesucristo sea con nosotros;» y signándose con la cruz, arremetieron al indio y lo tomaron, poniéndole luego una estola, y le echaron agua bendita; pero todavía se oian aullidos y silbos dentro en la iglesia, y Tamaracunga los via visiblemente, y fueron á él y le dieron tantos bofetones, que le arrojaron léjos de allí un sombrero que tenia puesto en los ojos por no los ver, y en el rostro le echaban saliva